

PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

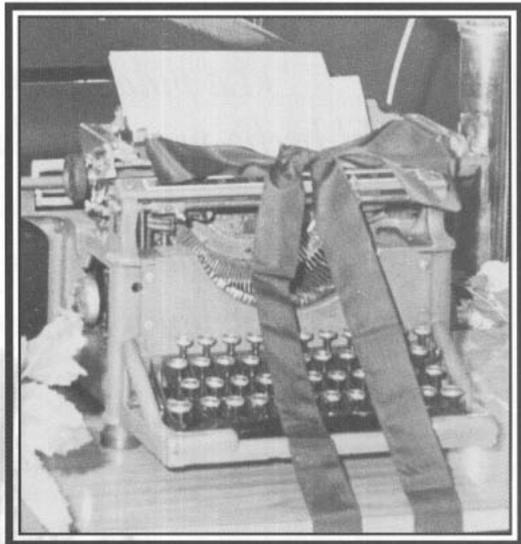
veintidós
CARACTERES

Jacqueline Hott Dagorret
Consuelo Larraín Arroyo
EDITORAS

AGUILAR



UNIVERSIDAD
FINIS TERRAE



TITO MUNDT

Tito Mundt (1956):

VOCACIÓN DE TROTAMUNDOS

A las diez de la mañana, Tito Mundt cogió su manta de vicuña, la dobló y se la echó sobre los hombros. Encendió un nuevo cigarrillo y cerró la mampara de madera y vidrio de la casona de Libertad 450, su hogar desde los diez años. No imaginaba que ese 10 de junio de 1971 sería el último de su vida.

Del brazo de su hermana caminó hacia Compañía y juntos esperaron la micro que los llevaría al centro. «Tenía una entrevista con el presidente Allende», recuerda Lucy, «y después iría donde Hernán Santa Cruz a conversar sobre su ofrecimiento de un puesto para la FAO en

temprano», él tranquilizándola: «No te preocupes, tengo que trabajar en mi libro *El Chile de Allende*». Pidió a Lucía que le tuviera papitas con palta, dos de sus debilidades.

Tito pasaba por una de las mejores épocas de su vida. Estaba lleno de proyectos: varios libros en preparación, viajes y entrevistas y la emoción de enfrentar un nuevo cargo en Suiza. Aunque en Chile ya se dejaban sentir los primeros síntomas de la crisis política y económica, Tito, desde su residencia en Madrid, estaba seguro de que Allende lograría neutralizar la fuerte oposición. El periodista había esperado durante años que Allende llegara a La Mo-

un edificio céntrico. Conversaron de actualidad, de la próxima venida de Fidel Castro a Chile, de la vida y de la muerte. «Saben», les dijo de pronto, «no me gustaría morir en Chile, sino en España... en un apacible y soleado pueblecito español, de casas chatas y calles polvorientas, por las cuales al atardecer vería pasar unos burros lentos y ceremoniosos...».

Después del café salieron a la terraza. Tito, bastante achispado por las numerosas copas de vino, entre risas y bromas se acercó al borde del edificio. Jugando como siempre con el peligro, se agarró de un fierro y comenzó a balancearse. Pero las ma-

«La vida de un periodista tiene que ser amena.

(...) El hecho mismo de buscar noticias en los escenarios más lejanos en los momentos mismos que pasan las cosas, en que la tierra tiembla, arde el fuego y se quema una ciudad, cuando estalla una revolución o comienza una guerra, le da a lo que tenga que contar más tarde un sabor de aventura y de cuadro fantástico».

Ginebra. Yo estaba contenta; Tito había venido desde España, donde vivía con Kanda y Barbarita, a pasar unos días conmigo; nuestra madre había muerto un mes antes».¹

Los hermanos se despidieron, ella con su acostumbrado «vuelve

neda y le apasionaba hablar de «la vía pacífica hacia el socialismo»; por eso, y a pesar de que su tiempo era escaso, aceptó gustoso almorzar con Renato Maturana, Gonzalo Orrego y Mario Peñafiel, en el Sportsman, restaurante situado en el piso 12 de

nos, tan seguras a la hora de tomar un lápiz, esta vez resbalaron.

Un escalofrío recorrió a los amigos mientras veían caer a Tito. En menos de un minuto, abajo, contra la calle, se estrellaba ese hombre que, a los cincuenta y siete años, había

recorrido el mundo entero y cuyas crónicas y entrevistas le valieran el Premio Nacional de Periodismo 1956.

Fue un accidente estúpido. Tal vez si hubiera bebido menos... En sus bolsillos quedaron, ya sin posibilidad de utilizarse, el pasaje de vuelta a Madrid, anotaciones que debía incluir en sus próximos libros y los apuntes para su participación tres días después en el programa televisivo A esta hora se improvisa.

Juan Tejeda, aquel colega y amigo con quien fundara la revista *Cacareos* en 1936 en el Barrio Brasil, cubrió la noticia para el diario *La Nación*: «En el Sportsman, después de almorzar se puso a hacer piruetas colgando de una sólida barra que rodea la terraza. Se soltó de pronto. Si hubiera estado veinte centímetros más a la izquierda, hubiese caído al balcón de la oficina del piso once, que hasta hace una semana ocupó el publicista



El Mercurio

«Durante mi vida torturé varias máquinas de escribir», confesó Tito Mundt.

Alfredo Lieux. Pero cayó más a la derecha, justo sobre una saliente que parecía una S acostada que daba al vacío y se deslizó por ella, arrastrando el soporte de la carpa de la oficina de Lieux. Imagino el horror de esos últimos segundos en un día que fue alegre, lleno de actividad y con un programa intenso que cubrir en la tarde».

¡QUÉ NIÑO!

Santiago Mundt Fierro nació el 4 de marzo de 1914 en el número 2411 de calle Compañía. «Era una mansión enorme que daba la vuelta por Bulnes», recuerda Lucy. «Nosotros ocupábamos el segundo piso. En esa misma casa nació yo cuando Tito tenía diez años; fuimos solo dos hermanos». La diferencia de edad no les impidió ser muy unidos y compartir juegos y diabluras, aunque a Tito le sobraban amigos. En alegre patota se dirigía con ellos a la Plaza Brasil, a un par de cuadras, donde convertía los espacios en canchas de fútbol y los senderos en pistas de carreras.

Obedeciendo a su ascendencia germana, el padre matriculó a su hijo en el Colegio Alemán para que dominara el idioma de sus abuelos. Doña María, la madre, era descendiente de italianos. Ella ponía la nota alegre en la casa y suavizaba la rigidez y disciplina paternas.

Tito heredó el carácter de su madre, aumentado y corregido. Antes de caminar ya era inquieto y vivaz. Y no bien pudo darse a entender asomó su naturaleza bromista y poco dada a someterse a disciplinas. Ya adolescen-

te, madrugar y respetar horarios eran para él torturas de las que se liberó junto con terminar sus estudios en el Liceo de Aplicación, establecimiento que, a punta de castigos, obligó al rebelde Tito a completar su educación secundaria.

La familia tenía un buen pasar. En la casa de calle Compañía los espacios eran amplios, el amoblado fino y había sirvientes para los quehaceres domésticos. El padre era un próspero corredor de la Bolsa de Comercio, con altos y bajos económicos, pero cuya situación le permitía darse gustos burgueses, como enviar a su esposa e hijos a veranear a la empingorotada Viña del Mar. Más tarde, cuando las platas se pusieron esquivas, las vacaciones se redujeron a quince días en la menos elitista Cartagena. Tito llegaba los fines de semana a alterar la tranquilidad de su madre y su hermana. El muchacho nadaba mar adentro para horror de ambas. «¡Este niño va a hacer que me dé el ataque de asma!», suspiraba doña María.

Por ese entonces, una sucesión de crisis financieras —pájaros agoreros de la Gran Depresión— provocaron la quiebra de don Santiago Mundt. Para enfrentar el descalabro, la familia echó mano de las joyas de doña María. Luego se irían el piano, los muebles y las alfombras. Los Mundt Fierro estaban en la ruina. Tito y Lucy, niños apenas, no comprendían por qué había que dejar la casa natal para trasladarse donde la abuela materna. Años después y ya como periodista, Tito recuerda el episodio: «En 1925 mi padre, que era corredor de la Bolsa de Comercio, se quedó en la calle por haber sido honrado. Yo estaba tan chico que no pude llegar hasta la casa del banquero que le había hecho la jugada

para pegarle un tiro como se merecía. Y cuando pude hacerlo ya se había muerto el culpable».

«Mi madre fue a hablar con don Pedro (Aguirre Cerda) y le pidió un puesto para mi papá, que era hijo de uno de los jefes del radicalismo del siglo pasado. Don Pedro le dio un pequeño cargo en la contraloría, ganando 300 pesos al mes. Trabajó veinte años sin faltar nunca y asistiendo a la oficina los sábados y domingos y sin pedir jamás vacaciones».²

No fue fácil reducirse a habitaciones más pequeñas y adoptar las costumbres de la abuela, que gritaba de susto cada vez que Tito caminaba por las cornisas o pasaba de un balcón a otro con la habilidad de un andinista. Se generaban roces y todos echaban de menos la independencia. Ya más desahogado econó-

micamente, y cuando Chile aún no se sacudía de los estragos de la crisis financiera, en 1932 Santiago Mundt se trasladó con su mujer y sus dos hijos a Libertad 450. En esa casa vivirían los Mundt Fierro por varias décadas.

Es la época en que Tito ingresa, muy a contrapelo, a la carrera de leyes. Durante tres años lucha contra códigos y estatutos hasta que un día se rebela: frente a sus compañeros y casi como en un rito, en el segundo patio de su casa quema un volumen de Derecho Romano y con firmeza anuncia: «Yo no sirvo para abogado; quiero ser periodista».

ESCUCHANDO LA VOCACIÓN

En su cabeza las ideas empujaban por salir; tenía que comunicar lo que veía, lo que sentía, la noticia que buscaba —y encontraba— en cualquier lugar. Tito Mundt amaba la actualidad y su manera de vivirla y traspasarla a los demás debía ser a través del periodismo.

Era su pasión. «La vida de un periodista *tiene* que ser

amena», escribe. «(...) El hecho mismo de buscar noticias en los escenarios más lejanos en los momentos mismos que pasan las cosas, en que la tierra tiembla, arde el fuego y se quema una ciudad, cuando estalla una revolución o comienza una guerra, le da a lo que tenga que contar más tarde un sabor de aventura y de cuadro fantástico».³

En 1938, año de convulsiones políticas, Mundt ya era un fogueado reportero del diario *La Nación*. Había dado finalmente con su vocación y el estilo de vida le calzaba perfecto. «Ya era un joven que se caracterizaba por su amor a la bohemia, por su necesidad de estar en constante movimiento y un interés desmedido por saber todo lo que sucedía», anota su colega Mario Gómez López. Esa curiosidad innata y un estilo ágil y ameno pronto hicieron de Tito Mundt un periodista cotizado. Sus crónicas aparecían semanalmente en las revistas *Sucesos*, *Ecrán* y *Margarita* y en los diarios *La Nación*, *Las Últimas Noticias* y *La Tercera de la Hora*. Prevalecía en sus artículos un interés por defender la información, por hacerla llegar al público lo más fresca posible.

Trasnochar no era para él un problema. Verónica López cuenta que en 1966, estando aún en tercer año de periodismo, Tito la contrató a ella y a Marcia Scantlebury para la revista *Algo Nuevo*. «Fue una experiencia absolutamente genial, recuerda. Marcia y yo reportábamos espectáculos, con el Bim Bam Bum, la taberna Capri y el Nuria incluidos: la noche santiaguina.



Las radios Corporación y Del Pacífico transmitían sus chispeantes comentarios.

Las reuniones de pauta se llevaban a cabo tarde, muy en la noche, cuando él cerraba la edición de *La Tercera* y podía preocuparse de la revista. Nos citaba en una fuente de soda en la esquina de Moneda con Tenderini. A él le quedaba a la pinta, pues *La Tercera* estaba justo al frente, en Moneda». ⁴

«No tenía horarios», confirma Mario Gómez López. «Llegaba a *La Tercera* a cualquier hora, se sentaba frente a su máquina, prendía un cigarrillo y comenzaba a escribir a una velocidad increíble. Daba verdaderos mazazos a la máquina y nunca sabíamos lo que iba a salir. Eran unas crónicas magníficas». El mismo Tito confesaría: «En mi vida torturé varias máquinas». Su escritorio era un campo de batalla: papeles sueltos, libros y varios ceniceros hasta el tope. «Fue el periodista más popular y el más brillante de su generación y un escritor notable. Sus escritos eran irregulares, algunos de enorme calidad y otros más volanderos... me consta que hubo períodos en que escribía hasta dieciséis artículos diarios y eso no hay cabeza que resista», anota Juan Tejeda en *La Nación* dos días después de la muerte de su amigo.

El mismo caos de su escritorio era característico en su habitación. «Molestaba tanto que le dieron la última pieza de la casa», comenta Lucy. «Llegaba de madrugada, prendía las luces, la radio, hablaba por teléfono, fumaba sin parar. Había un desparramo de diarios y papeles en el suelo, en la cama; ceniceros llenos, ropa tirada por todas partes. Ninguna empleada quería hacer el aseo y yo era la encargada de poner un poco de orden».

A BORDO DEL MUNDO

Inquieto como era, la ambición de Tito era viajar. Así, un buen día supo que una nueva compañía naviera inauguraba una línea hasta

«Como periodista aprendí mil veces más en los cerros, en la playa o en la calle, que en la redacción de los diarios o en una recepción oficial».

México. Anclado en Valparaíso, el barco California le pareció irresistible y consiguió ser agregado a la lista de los doce afortunados periodistas que harían la travesía. Era el año 1943, plena guerra. El capitán advirtió: «Navegaremos con *black out*... no se puede fumar en cubierta... La luz de un fósforo se verá a diez mil metros de distancia y no tendría nada de raro que nos encontráramos con un submarino alemán aficionado a hacer ejercicios de puntería...» ⁵

Recalaron en Guayaquil, Buenaventura y Cali para llegar finalmente a Manzanillo, México. Allí debía recibirlos Óscar Schnake, el embajador chileno, además de Pablo Neruda y Luis Enrique Délano. Pero nadie los aguardaba: «Habían hecho el viaje de México DF en tren y llegarían justamente... al día siguiente de nuestro arribo oficial». Era mucho esperar. Instigados por Tito, los aterrados reporteros volaron a la capital «en unas cajas de zapatos con alas que desempeñaban oficialmente el papel de línea aérea». ⁶

La estada en el país azteca fue intensa. Tito Mundt convivió con toda la intelectualidad y envió a Chile crónicas que revelan a un observa-

dor minucioso y agudo. Sobre el pintor y muralista Diego Rivera apuntó: «Pesaba, por parte baja, ciento cincuenta kilos. Cada vez que se reía, se quebraba un vidrio».

Lo asombran también las obras del artista. En un artículo para *La Tercera* escribe: «Diego nos invita a su estudio. Inmensas cabezas de cartón y madera. Brujos de la época de los mayas. Trozos de greda que vienen caminando desde la época de los aztecas... curas, millonarios, estancieros, mujeres de la *Belle Époque*, prostitutas con la falda a la rodilla y medias negras. La pintura revolucionaria en una palabra. Más tarde en el Palacio de Gobierno, en el ministerio de Educación, en los museos, en las escuelas, en los mercados, y en la calle nos persiguió la misma imagen. Los inmensos frescos son la mejor propaganda que hace actualmente la revolución. Porque estos indios sobrios y estos frailes despectivos tienen más eficacia política que la más encendida proclama y la barricada mejor montada. Esto aúlla, bala, gime y llora por todo un pasado grandioso en que habla la sangre y canta la tragedia».

En 1946 los artículos de Tito Mundt llenan la prensa. Está soltero y escribe entre diez y doce crónicas diarias que son disputadas por periódicos y revistas. Tener la primicia lo obsesiona, y así lo demuestra cuando Walt Disney realiza una breve visita a Chile. El caricaturista norteamericano estaría solo unas horas y el asedio periodístico era enorme. Acercarse, casi imposible. Entonces la inventiva de Mundt logra que Disney se fije en él: llevando una jaula

con un pequeño ratón en su interior, Mundt proclama que ese es un pariente lejano de Mickey Mouse. Disney celebró la idea y Tito Mundt obtuvo la exclusiva.

Pero ya el bicho de viajar se le ha metido bajo la piel. Los límites de Chile no lo sujetan por mucho tiempo e intuye que debe moverse, ir de un lado para otro. «Como periodista aprendí mil veces más en los cerros, en la playa o en la calle, que en la redacción de los diarios o en una recepción oficial». ⁷ Así, en 1948 parte a Buenos Aires con dinero suficiente para quince días. Se queda un año. Comparte la vida bohemia

con Rafael Frontaura, Raúl Manteola y Rodolfo Onetto. Trabaja en *Clarín*, *La Tarde*, *Rico Tipo*, *Adán*. Un día, no obstante, considera que ya no hay mucho más que hacer y se despide del Obelisco.

Al poco tiempo viaja a Bogotá. En un café llama su atención un «muchacho imberbe que fumaba inmensos habanos y hablaba con una pasión y una violencia dasatadas». Era cubano y estaba de paso. El cubano señalaba a sus contertulios que en su país había que hacer una revolución 'técnica'; no podía ser algo desordenado, anárquico; frente al aparato estatal había que levantar

otro semejante. Trabajar en frío y pensar en grande eran sus recetas. Tito quedó impresionado. «No tenía nada de iluminado ni de apóstol que recita maquinalmente alguna trasnochada consigna. Pregunté su nombre. En voz baja me dijeron:

—Es un muchacho de gran porvenir. Se llama Fidel Castro». ⁸

Algunos años después, su temperamento enamorado le permite visitar Cuba, todavía bajo el régimen de Fulgencio Batista. El mismo Tito Mundt lo relata: «En 1954 me presentaron a una muchacha rubia en el Hotel Carrera que me gustó. (...) Al día

siguiente partiría a Cuba y de ahí a Estados Unidos. Era insolentemente rubia y deportiva. Yo era aburridamente soltero y estaba cansado de teclear a máquina en Santiago de Chile desde hacía más de seis meses». Decide seguirla, pero llega a Valparaíso cuando el barco recién ha zarpado. Salta entonces a una chalupa y rema tras el lujoso transatlántico. «El capitán tuvo la gentileza de tirarme una cuerda por la que me icé ágilmente con la velocidad de un mono». ⁹

En los ocho meses que permanece en La Habana descubre por qué la llaman 'una *garçonniere* con vista al mar'. «Muchachitas de 12 años salían a recibir a los turistas y se entregaban por 10 dólares», cuenta. Siente la corrupción y huele que la revuelta es inminente. «Todo el país estaba horadado por dentro por una corriente de vicio y de negociado. Y Batista era el jefe del *trust* y detrás de él estaba Estados Unidos». ¹⁰

Artículos como ese, sus amenos y documentados programas radiales, su calidad indiscutible, le valen en 1956 el Premio Nacional de Periodismo. El jurado, compuesto por Fernando Alessandri, Juan Gómez Millas, Juan Emilio Pacull, Agustín Escobar y Enrique Osses no necesitó grandes deliberaciones para reconocer que Tito Mundt era la encarnación de un excelente periodista. Verónica López no puede estar más de acuerdo: «La impresión que nos dejó a los que tuvimos el privilegio de trabajar con él fue la de un hombre entregado en cuerpo y alma al verdadero periodismo, ese que cuesta tanto encontrar hoy; era un hombre lleno de energía, bohemio hasta decir basta, pero cuerdo y súper informado. Perteneció a la generación de Nicolás Velasco del Campo, Eugenio Lira Massi, Luis Hernández



Cada vez que su trabajo se lo permitía, la actriz Kanda Jaque tomaba a Barbarita y acompañaba a su marido a cualquier lugar del mundo.

Parker, personas capaces de interpretar los hechos. Imparcial, ni el blanco ni el negro, ni uno ni lo otro, la historia se cuenta completa».

Tito, en tanto, había guardado una viva imagen de Cuba. Por eso no titubea cuando, junto a otros periodistas, Fidel lo invita a la isla. Era el 3 de enero de 1959, solo tres días después de la triunfal entrada de Castro a La Habana. «Barbudos, pistolas y puros» fue lo primero que llamó su atención. «Con la inmensa barba y el enorme puro entre los labios, (Fidel) me pareció un gigante que hablaba hasta por los codos y que hacía a la perfección su papel de héroe.(...) Un libertador americano (...) que había luchado solo durante dos años, que había perdido a sus

nuevo show. Este se llamaba la revolución libertaria, antibatista y enemiga a muerte de la tiranía. La palabra que más escuché desde que arribamos, fue la palabra Libertad».¹¹

El poder de palabra de Castro lo sorprende y, una vez más, le permite lucirse al describirlo: «Técnica perfecta de agitador de masas. No era la oratoria occidental y afrancesada de Chile o la Argentina, con la frase pulida y el razonamiento llevado lentamente desde una punta a otra para provocar el aplauso... No. Era justamente lo contrario. Recordaba a Lenin y a Hitler. Frase corta y seca. Razonamiento claro, agotando los argumentos simples y silogismos para que se clavara bien la idea en el sencillo cerebro de sus compatriotas.

lución. 1959, en enero, no es mayo de 1965. Aún no había surgido Rusia, Bahía Cochinos (...) Y le juro, amigo lector, que apenas pueda montar en avión para verla después de haberme echado Flit en los ojos para borrar todos los prejuicios y las telas de araña previas, lo haré».¹³

EL CORAZÓN ECHA RAÍCES

Durante su larga vida de soltero, Tito entraba y salía de la casa paterna a las horas más inesperadas. Trasponeía la puerta de macizo roble americano varias veces al día, casi siempre acompañado de amigos. Doña María, su madre, se había habituado a ese hijo que llegaba sin previo aviso con las personas más

Un día le comentamos a Tito, caminando nuestra noche costina: 'Deberías borrar la T de tu apellido. Tu apellido debería ser, sencillamente, Mundo, Tito Mundo. (...)' Murió a la hora en que la tarde se aquieta y los recuerdos y los sueños se confunden. Murió como —tal vez—, a él, secretamente, le agradaba calcular: viviendo.

Andrés Sabella,

El Mercurio de Antofagasta, 13 de junio de 1971.

mejores amigos en medio del feroz incendio verde y bajo un calor infernal y que había llegado al poder por sus propias manos. La gente que no lo conocía hacía cinco años, lo adoraba ahora fanáticamente». Mundt advierte el cambio: «El mismo pueblo que había oído cantar, bailar, beber y divertirse poco antes, ahora estaba con el arma al brazo y vivía un

Nada de cosas líricas. Hechos, preguntas y sus respectivas respuestas. Análisis agotador de cada paso que pensaba dar la revolución para que el guajiro entendiera al detalle de qué se trataba y qué se pensaba hacer».¹²

Años más tarde, al recopilar sus crónicas en *Memorias de un repórter*, reflexiona: «Claro que esta fue una visión rápida al comienzo de la revo-

heterogéneas, de las que pronto se olvidaba y a quienes ella debía atender. Afortunadamente para él, todos aceptaban sus excentricidades y su falta de protocolo. «Era inquieto, alocado», relata su hermana, «escribía en las servilletas, en los manteles, se paraba, se sentaba, fumaba un cigarro, hablaba por teléfono, hacía cien cosas en un minuto. 'Me vienen

ideas a la mente y las tengo que anotar al tiro', decía». Verónica López corrobora: «Las ideas iban más rápido que lo que él alcanzaba a traspasarlas, así es que hablaba a borbotones y había que entenderle en el momento, a como diera lugar, pues no repetía».

Atractivo, simpático, seductor, a Tito Mundt no le faltaron mujeres. Se enamoraba perdidamente y al poco tiempo alzaba el vuelo, dejando otro corazón roto para su colección. A mediados de 1957, sin embargo, un larguísimo romance —con en-

Una vez llegó a Zig-Zag (yo trabajaba allí entonces), irrumpió en mi oficina, sacó un papel y comenzó a leer una colorida descripción de una faena taurina. Imágenes cinestésicas, adjetivos, velocidad, verbos, movimiento, media página de toro y torero, luminosa y rica. De pronto bajó el papel y me dijo:

—¿Qué te parece? ¿Lo encuentras bueno?

Le contesté que sí, que allí había algo, ciertos desplazamientos. Insistió en interrogarme. Quería que lo encontrara óptimo. Le aseguré que era óptimo, aunque secretamente me parecía bueno, con un sí es no es modernista y ciertos reparos a tópicos, pero en sus límites de pequeño poema en prosa, estaba bien. Entonces Mundt me miró a los ojos y me mostró el papel que estaba en blanco. Me sonreí, perplejo.

—¿No crees que soy un genio? —me dijo.

—Sí, confirmé, cortés.

Enrique Lafourcade,
Las Últimas Noticias,

Santiago, 10 de julio de 1971.

cuentros y desencuentros— lo convenció de que ya era hora de sentar cabeza. La boda se fijó para finales de ese año y la prometida comenzó los preparativos de rigor. Entre estos figuraba la confección del traje de novia, el que fue encargado al elegante taller de la actriz Kanda Jaque, situado frente al Parque Forestal. A petición de la novia, Tito accedió a acompañarla a una de las pruebas. Y allí mismo cayó rendido por la belleza de Kanda. «Mi mamá lo encontró un pesado», recuerda con una cargada Bárbara Mundt Jaque, «pero fue tanta la insistencia para que se vieran un ratito que mi mamá —que también estaba de novia— por cansancio, accedió. El 'ratito' duró hasta las cinco de la madrugada y en menos de un mes se casaron».¹⁴

Ambos excéntricos, bohemios y tremendamente sociables, iniciaron una vida en la que dominaban los buenos momentos. Innumerables amigos llegaban a cualquier hora al departamento de los Mundt Jaque en calle Santa Lucía. Siempre había ahí buena conversa y buen vino. «Yo llegaba del colegio y en el living podía estar Pablo Neruda, periodistas, un embajador oriental», evoca Bárbara.

Verónica López recuerda esas reuniones: «El primer aniversario de *Algo Nuevo* se celebró en su departamento con Kanda y Barbarita incluidas. Su discurso sobre cómo se hace periodismo fue histórico. Entre copa y copa habló de la autonomía del periodista, la audacia, la veracidad, mientras se inclinaba peligrosamente sobre el balcón».

LA CABRA TIRA AL MONTE...

El haberse casado no disminuyó la obsesión de Tito por estar en permanente movimiento. Kanda, por su



Con su hija Bárbara sentada sobre las rodillas de José Victorino Lastarria, en el cerro Santa Lucía.

parte, si sus actuaciones se lo permitían, en un par de horas hacía la maleta y emprendía viaje con su marido. Desde cada lugar Tito enviaba crónicas, entrevistas y artículos para diarios y revistas nacionales. Su sello impresionista le daba licencia para interpretar lo que veía en su particular modo.

Así, en Alemania rastrea las huellas de la guerra y se estremece con sus despojos: «Fue en Berlín Oriental, y bajo la bandera roja donde vi otra escena de la última guerra que merece de sobra un par de líneas. Una escena que fue el trágico canto del cisne que equivalió a la palabra fin de la salvaje película que se había filmado durante cinco años... En un campo en que no hay nada. ¿Oyó amigo lector...? Nada. La nada de la nada. El viento silbando sobre el polvo y la ceniza. Donde no hay una yerba, un poco de pasto, una flor, nada». Parado en el mismo sitio donde estuvo la Cancillería de Hitler «con las columnas de mármol, los bronce, las lucernas, los gobelinos y las banderas», el periodista recuerda el suicidio del Führer: «Aquí se mató Hitler. Aquí mismo, debajo

de este montículo que trepo a pesar de la prohibición oficial, en este trozo quebrado de cemento que indico con el dedo, en esta especie de mausoleo improvisado y siniestro que estoy enfocando con mi cámara. Aquí se interpretó el último acto de la contienda armada más despiadada de los últimos tiempos». ¹⁵

Pese a su enorme sensibilidad —o, quizás, debido a ella— Tito recobra pronto el optimismo y la alegría de vivir. Debe seguir observando, reportando. Su colega Mister Huifa (Renato González) recuerda que «todo en él era noticia, crónica nerviosa e inmediata, retratos llenos de vida y movimiento, imágenes que insinuaban más de lo que decían. Iba a saltos por todas las novedades del mundo y su Underwood era una máquina fotográfica que tomaba instantáneas a todo color, a todo movimiento y a todo amor. Fue el periodista más periodista que he conocido en mis cerca de cincuenta años de profesión».

Dando vuelta la página al desolado panorama alemán, Tito emprende viaje a Estados Unidos donde se dedica «a vivir torrencialmente y a la norteamericana, treinta inolvidables días, multiplicados por veinticuatro tremantes (sic) horas, en varias ciudades, con políticos, ministros, periodistas, artistas de cine, técnicos de radio, investigadores, etc., para conocer algo más de esa máscara quieta y fija que forma el rostro aparente de una nación». Y descubre que los ciudadanos del país más rico del mundo se aburren, que do-

mina en ellos una sensación de cansancio «prudente y bien organizado». No obstante, y como periodista que debe consignar ambas caras de la moneda, también encuentra a otro tipo de personas: «Los que lucen los primeros nombres de la literatura norteamericana, de la investigación científica, del teatro, de la prensa, de la televisión y de la radio (...). Y ese Estados Unidos sí me gustó». ¹⁶

NOSTALGIA DESDE ESPAÑA

En 1959 se instala con su mujer en Madrid. Escribe frenéticamente. Olfatea la noticia, y su sexto sentido le avisa que en Argel está a punto de estallar un golpe de estado. Se muere por estar allí, y logra que el director del diario *Pueblo*, para el que trabaja,

lo mande como corresponsal. «En Argelia ardía el aire, salpicaban las balas, nos allanaban en todas las esquinas, zumbaban los tiros y en la Universidad y en la Plaza del Forum había un cordón de hierro que tenía que estremecer a un periodista novato como yo en la materia, que nunca había tenido una verdadera guerra civil de por medio».

«Reporteé el golpe de estado. Me conseguí un casco y un uniforme de soldado y hasta una ametralladora portátil para caminar entre los soldados y llegar a la zona de peligro. (...) Ese fue mi gran golpe de estado. Mi gran guerra civil. Mi gran revolución». ¹⁷

De regreso a España, sigue su labor de cronista itinerante para *Pueblo* y para la agencia *Fiel*. Con su amigo y compatriota Hugo Goldsak funda la revista *América*; trabaja en Radio *Madrid* con

Raúl Matas; escribe cuentos y durante cuatro meses con Kanda hace empanadas que se arrebatan la colonia chilena, empezando por el embajador Sergio Fernández Larraín. Un día, sin embargo, debe volver a su país. «Había hecho periodismo, radio, literatura. Había triunfado con dos cuentos en un concurso literario. Había dictado conferencias en Madrid y en provincias. Habíamos recorrido con mi mujer todas las plazas de toros de la península. Nos conocíamos cada punto, cada ciudad, cada villorrio y cada ensenada. Habíamos subido a los



Bárbara fue su adoración. Pocas horas antes de morir la llamó a Madrid para contarle que le llevaría una muñeca de regalo.

Pirineos y al Peñón de Gibraltar, habíamos navegado por las aguas del Guadalquivir, del Ebro, del Tajo y hasta por el provinciano y tímido Manzanares que es una especie de Mapocho pequeño que usan los españoles para entretenerse los días domingo. Éramos felices. Totalmente felices en España. Pero un día vino la noticia de la muerte de mi padre, el terrible terremoto del año 60, la nostalgia de la patria, el ardor de esa herida lejana que es la familia que está al otro lado del mar, y, disimulando una lágrima amarga que me subió hasta los ojos, monté en un avión y volví a Chile». ¹⁸ Kanda no lo puede acompañar: quince días más tarde —el 27 de diciembre de 1961—, en una clínica del castizo barrio de Camberri, nació Bárbara Mundt Jaque.

OTRA VEZ EN LA RUTA

Nuevamente en su departamento de calle Santa Lucía, Kanda y Tito se aquietan un poco: ahora son padres. Pero Tito no puede estar mucho tiempo en el mismo lugar. Una fría mañana de junio de 1964 sus ojos caen sobre el titular de un diario: «De Gaulle pasará por Chile». De inmediato concluye que si el mandatario francés viene al país, es preciso contarles a los chilenos quién y cómo es. Durante dos semanas devora todo lo que encuentra sobre Charles de Gaulle —diarios viejos, cartas, memorias— y se propone publicar su biografía, para lo cual debe imperativamente viajar a París a entrevistar al general galo. Nadie se atreve a negarle nada a este verdadero tanque periodístico, y durante todo agosto del 64, en Francia, Tito indaga, entrevista y averigua vida y milagros del personaje. A Chile

regresa con material de sobra como para escribir su notable *De Gaulle, el gran solitario*.

Durante los años siguientes, y hasta su muerte, Tito viaja con su familia constantemente. Sin embargo, la patria es para él el centro de la noticia, y tal vez por eso concibe el más singular texto de historia: *Chile, una noticia*. En formato tabloide, diagramado y escrito como si fuera un diario, Mundt abarca desde 1490 —época en que Colón consigue por fin que Isabel La Católica financie su capricho expedicionario— hasta 1968.

En el prólogo el autor advierte: «Esta no es una historia de Chile. Es más que eso. Es el relato periodístico y al segundo de la existencia de un curioso país situado al extremo del mundo, colgando del abismo, al que han descrito como una cornisa sobre el Pacífico o como un pasillo entre el mar y la cordillera». ¹⁹

Mundt hurga en archivos, consigue fotos, emplea ilustraciones y logra que la historia de nuestro país se lea con el mismo entusiasmo con que se lee un diario de tinta aún fresca. Usa un estilo ameno, ágil, con títulos llamativos y gran canti-



El cuerpo de Tito Mundt fue velado en el diario La Tercera hasta la llegada de su mujer y su hija desde España.

dad de fotografías e ilustraciones. A varias columnas y con filetes para destacar una información, consigna hechos tales como una epidemia de escarlatina, «terrible enfermedad que está diezmando a la población», fechada en Valparaíso en enero de 1822; la construcción del Palacio de Bellas Artes, en 1909; el terremoto de Valparaíso del 16 de agosto de 1906, con fotos auténticas; los disturbios provocados por estudiantes el 16 de agosto de 1946 en protesta por el alza de la locomoción en veinte centavos. Alude al presidente González Videla: «...Cambió su sonrisa kolynosista (por la entonces popular pasta dental Kolynos) por una cara agría y larga». La muerte de Gabriela Mistral, el 11 de enero de 1957 en Nueva York merece una nota que incluye una imagen de la poetisa en un auto descubierto, durante su última visita a Chile.

De la década del 60 destaca el dramático terremoto que azotó al sur de Chile. También, y recurriendo a un estilo 'copuchento', en grandes títulos se refiere a la reforma agraria diciendo que «es solo de macetero», pero usando el epígrafe «Lo dice la oposición». En la misma página y fechado en Santiago, 1963, reclama al ministro de Justicia, Enrique Ortúzar Escobar, por el dictamen de la nueva ley sobre Abusos de Publicidad, que limita el ejercicio profesional del periodismo y crea nuevos delitos en el campo de la información. «El tabloide de izquierda *Clarín* ha bautizado a la iniciativa como Ley Mordaza y un comentarista político de izquierda ha hecho colocar su ca-

ricatura con un pañuelo cubriéndole la boca, en señal de protesta por la medida del Gobierno».²⁰

Otros hitos en esta historia de Chile son el Campeonato Mundial de Fútbol de 1962, realizado en nuestro país, y la elección de Eduardo Frei Montalva, en 1964.

La última página destaca la creación de los Centros de Madres, el impulso a la nueva política educacional, los cuatro años de gobierno de Frei y el creciente descontento de la derecha: «La derecha, que cambió de apellido y se llama Partido Nacional, maldice la hora en que votó por Frei y abandonó a (Julio) Durán. Los marxistas dicen que está entregado a los yanquis. No les gusta que haya abierto relaciones con Rusia, Polonia Checoslovaquia y otros países de la Cortina de Hierro. También quiere que instale una oficina en La Habana. Ambos grupos dicen que la gorda Inflación es democratacristiana, porque no la para nadie. En fin, palos porque bogas y palos porque no bogas».²¹

Así, haciendo periodismo, Tito Mundt lograba el triple propósito de su profesión: informar, educar y entretener.

CON TITO EN LA MEMORIA

La única hija de Tito Mundt y Kanda Jaque creció sin horarios, rodeada de personas célebres y entretenidas, habituándose a conversaciones, risas y humor. Era los ojos de su padre. «Cuando nació Barbarita el loquísimo Tito terminó de descharvetarse. La mimaba todos los ratos

disponibles y hablaba de ella a pito de cualquier cosa», recalca Verónica López. «Tuve una infancia dorada», reconoce Bárbara. «En mi casa podía haber un chino, una actriz, un político». En este ambiente Bárbara fue aprendiendo más de lo que podía darle una educación formal. «Mi escolaridad fue a saltos», admite, feliz de que haya sido así. «Aparte de que viajábamos mucho, a mi papá no le importaba que en vez de ir al colegio fuéramos a pasear. Entre nosotros había una complicidad muy bonita».

Esa complicidad no se rompió el fatal 10 de junio de 1971. Bárbara sigue ligada a ese padre chispeante, consentidor, distinto a otros. «Era un papá que no ahogaba, no era latero. Me dejó algo como de indisciplina... el sentido de la libertad». También le contagió su intensa alegría de vivir.

Porque si algo está claro es que Tito Mundt no tenía en mente morir tan pronto. Mientras hubiera historias que contar o sucesos que vivir, él debía estar presente, llevar al público la noticia de último minuto... fresca y escrita de su puño y letra.

Además, en Madrid lo esperaban Kanda y su pequeña hija.

Hoy, treinta años después, con una pena nunca superada, Bárbara intenta resignarse: «Él odiaba la vejez, no me lo imagino muriendo en la cama, enfermo. Fue una muerte como tenía que ser: fulminante, rápida y noticiosa».²²

Colaboración de Gonzalo Zúñiga

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Santiago Mundt Fierro. Nace en Santiago, el 4 de marzo de 1914. Casado en 1957 con Kanda Jaque, actriz, que vive en Viña del Mar. Una hija, Bárbara (27 diciembre 1961).

Estudios: Colegio Alemán, Liceo de Aplicación, Escuela de Leyes Universidad de Chile.

Trabajos: revistas *Sucesos*, *Zig-Zag*, *Ecrán*, *Margarita*, *Eva*, *Vea*, *Topaze*, *Pobre Diablo*; diarios *Las Últimas Noticias*, *La Tercera*, *Extra* y *Sensación*. Radios *Corporación* y *Del Pacífico*.

Publicaciones: *De Gaulle, el gran solitario* (Ed. Zig-Zag, 1964); *Yo lo conocí* (Ed. Zig-Zag, 1965); *Memorias de un repórter* (Ed. Zig-Zag, 1965); *De Chile a China*; *Guía humorística de Santiago* (Ed. Zig-Zag, 1967); *Chile una noticia* (Ed. Zig-Zag, 1969).

Distinciones: En 1951 la Asociación de Cronistas de Cine, Teatro y Radio lo premia por su espacio *Yo lo conocí*; *La entrevista audaz*, como el mejor programa periodístico-documental. En 1956 recibe el Premio Nacional de Periodismo, mención Crónica. Muere trágicamente el 10 de junio de 1971.

NOTAS

- | | | | |
|----|---|----|---|
| 1 | Entrevista a Lucía Mundt Fierro, junio 2000. | 12 | Ibid., p. 85. |
| 2 | Tito Mundt, <i>Yo lo conocí</i> , Ed. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1965, p.181. | 13 | Ibid., p. 93. |
| 3 | Tito Mundt, <i>Memorias de un repórter</i> , Ed. Orbe, Santiago de Chile, 1965, p. 7. | 14 | Entrevista a Bárbara Mundt Jaque, julio 2000. |
| 4 | Entrevista a Verónica López, diciembre 2000. | 15 | Tito Mundt, <i>Memorias de un repórter</i> , p. 98. |
| 5 | Tito Mundt, <i>Memorias de un repórter</i> , p. 10. | 16 | Ibid., p. 110. |
| 6 | Ibid., p. 13. | 17 | Ibid., p. 153. |
| 7 | Ibid., p. 69. | 18 | Ibid., p. 120. |
| 8 | Ibid., p. 39. | 19 | Tito Mundt, <i>Chile, una noticia</i> , Ed. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1968. |
| 9 | Ibid., p. 70. | 20 | Ibid. |
| 10 | Ibid., p. 75. | 21 | Ibid. |
| 11 | Ibid., p. 83. | 22 | Entrevista a Bárbara Mundt Jaque, julio 2000. |